

LA GRAN CHINGADA

Alfredo Joignant

Si en el futurouviésemos que responder la pregunta ¿en qué momento se chingó la democracia en Chile?, de seguro la respuesta no se encontraría en el caso Penta ni en sus eventuales derivadas.

La verdadera pregunta es cuando comenzó a articularse la intuición por la gran chingada. Pues bien, desde hace muy poco, casi nada, y ese es el problema: tenemos demasiada fe en nuestra democracia, damos por sentado que todos la amamos y actuamos en ella con algo de virtuosismo y mucha confianza en la legitimidad popular de sus instituciones, y que el fantasma populista que barrería con el sistema de partidos ya tuvo lugar, en la década del 50 con el segundo Ibáñez, y al poco tiempo se restableció el orden político de siempre: de repetirse, sería como comedia, obviando la posibilidad de la tragedia. Es posible que esto sea cierto. Sin embargo, desde hace años que las ciencias sociales vienen observando y discutiendo sobre signos cada vez más preocupantes que el hálito comparativista relativiza, y a decir verdad trivializa: desde la creciente no inscripción en los registros electorales hasta la masiva abstención en un mundo de sufragio voluntario, pasando por la creciente desidentificación con partidos y coaliciones y la constatación de agresiones episódicas a presidentes y ministros que algo nos debiesen decir sobre el estado de la democracia.

Hasta un cierto umbral, las democracias logran dar cuenta de estos fenómenos, proporcionando respuestas institucionales: es de este modo que se intenta gobernar el malestar en la representación, aquel conjunto de desfases y desencuentros entre las expectativas de las instituciones democráticas y la experiencia práctica de los ciudadanos con la democracia representativa. Sin embargo, las coordenadas de este malestar son muy distintas cuando se suman a desacuerdos institucionales largamente postergados (desde el binominal a la Constitución) bullados casos de abusos de poder y, ahora, de escándalos político-financieros, en donde predomina un extraño comportamiento de los agentes políticos: actúan en la continuidad de las respuestas institucionales, haciendo como si los escándalos fueran sólo eso, un fenómeno de desmadre comunicacional.

Es cierto que no resulta evidente acertar con el tono justo y el comportamiento apropiado a la hora de enfrentar coyunturas escandalosas. Pero al mismo tiempo, no son aceptables discursos y conductas que dan por sentada la continuidad de las instituciones en la más completa indiferencia por posibles contracciones del electorado que podría desmovilizarse en proporciones aterradoras, restando legitimidad a moros y cristianos. Si quienes son electos continúan actuando como si el origen del financiamiento de sus campañas fuese socialmente inocuo, la actuación de sus entornos familiares una chiquillada y que, por cierto, la imparcialidad de sus actuaciones no se encuentra en juego, de seguro seguiremos navegando hacia la gran chingada.